Jonathan López-Vera

Historia de los samuráis

Alianza editorial
El libro de bolsillo

SATORI



Ashikaga Takauji y Nitta Yoshisada,
de la serie *Espejo de grandes guerreros de Japón* (1878)
de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).



La batalla de Kawanakajima (1857),
de Utagawa Yoshikazu (act. 1850-1870).



Crónica de la subyugación de Kagoshima.
Batalla frente al castillo de Kumamoto (1877)
de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).

El célebre general Takeda Harunobu Nyudo Shingen, de Utagawa Kuniyoshi (1797-1861).





Hatakeyama Shigetada, de la serie *Guerreros valientes de Yoshitoshi (1883)* de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).



Los héroes del clan Shimazu (1877), de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).



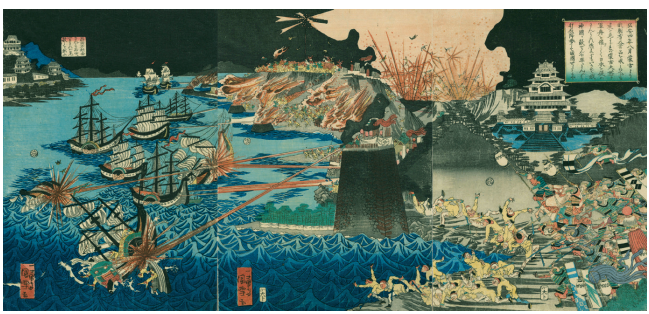
Kato Kiyomasa y Honda Tadakatsu se enfrentan con lanzas en la batalla de Komatsu, de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).



Kato Kazuenokami Kiyomasa arrodillado ante un estandarte,
de la serie *Espejo de Sabiduría, Benevolencia y Valor en Japón* (1878),
de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).



Detalle del tríptico *Los fantasmas del clan Taira atacando el barco de Minamoto Yoshitsune en la bahía de Daimotsu en 1185,* de Utagawa Kuniyoshi (1797-1861).



La segunda invasión mongola, tríptico de Utagawa Kuniyuki (act. 1880-1890).

Un día de lo más desafortunado, de la serie *Analogías de Kuniyoshi a las Seis Condiciones de la Naturaleza* (1860), de Utagawa Kuniyoshi (1797-1861). Mori Ranmaru alancea a Yasuda Sakubei durante la defensa del templo Honnoji tras el ataque de Akechi Mitsuhide.





Tomoe Gozen, de la serie *Espejo de bellezas del pasado y del presente* (1875-1876), de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).



El último combate de Oda Nobunaga entre las llamas del templo Honnoji,
de la serie *Espejo de célebres generales de Japón* (1876-1882),
de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).



Tomoe Gozen, la esposa de Kiso Yoshinaka, derrota a Uchida Saburo,
de la serie *Célebres combates entre hombres valientes* (1865-1866),
de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).



Toyotomi Hideyoshi, autor desconocido (s. XVI).



Uesugi Kenshin Nyūdō Terutora cabalgando hacia la batalla,
de la serie *Guerreros valientes de Yoshitoshi* (1883),
de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892).



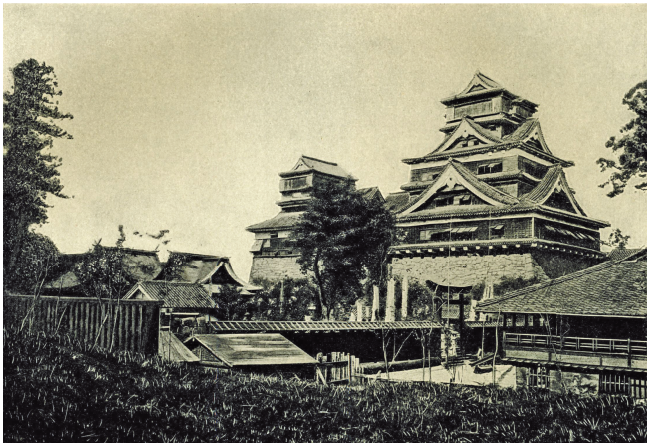
Luna en el monte Tobitsu (1887), de la serie *100 aspectos de la luna* (1885-1892) de Tsukioka Yoshitoshi (1839-1892). El grabado representa a un general dirigiendo sus tropas en la Batalla de Nagashino, 1575.



Retrato de un anciano samurái en atuendo formal,
de Ogawa Kazumasa (1860-1929).



Bushi, de Adolfo Farsari (1841-1898), fotógrafo italiano que se trasladó a
Japón en 1873 y estableció su estudio en Yokohama.



El castillo de Kumamoto en 1902.



Charles King Dillaway y sus estudiantes japoneses Hanabusa Kotaro, Hiraga Isasaburo, Tsuge Zengo y Aoki Yoshihira, *ca.* 1890. Fotografía de Antoine Sonrel (¿?-1879).



Enviado a Inglaterra en 1862.



Enviado a Inglaterra en 1862.



Arquero, de Felice Beato (1833/4-1909), fotógrafo británico que residió en Japón entre 1863-1884.



Guerrero japonés con armadura, fecha y autor desconocidos.



La misteriosa fotografía de Verbeck.

Guido Verbeck (1830-1898) fue un misionero protestante holandés que llegó a Nagasaki en 1859 y durante unos años dio clases de idiomas y de política y ciencia occidentales a jóvenes de familias samuráis, entre los que se encontraban algunos de los futuros líderes de la restauración y el gobierno Meiji. Años más tarde se convirtió en uno de los asesores extranjeros más influyentes del nuevo gobierno.

Esta fotografía de un grupo de samuráis rodeando a Verbeck constituye todo un misterio sobre el que los historiadores japoneses han discutido largamente. Los únicos hechos que podemos dar por ciertos son que aparece el mismo Verbeck y que fue tomada por el fotógrafo Ueno Hikoma (1838-1904) en su estudio de Nagasaki. La fecha no ha sido determinada con exactitud, aunque se cree que podrá datarse entre 1865 y 1868. Este es un dato crucial puesto que, dependiendo del momento exacto algunos de los samuráis que se cree que acompañan a Verbeck podrán o no estar efectivamente en la foto. Se duda incluso acerca de la identidad del niño que tiene el misionero sobre sus rodillas. La teoría más aceptada es que se trata de su hijo William, pero otros defienden que es su hija Emma. El propio Verbeck envió esta fotografía a Estados Unidos –de donde procedía pese a ser holandés– y en la carta que la acompañaba mencionó que algunos de los samuráis eran actualmente importantes políticos y que incluso uno de ellos era primer ministro. Algunos de los nombres famosos que se han barajado los hemos visto en este libro, como los de Saigō Takamori, Sakamoto Ryōma o Katsu Kaishū pero sigue sin haber consenso al respecto.



Harakiri, de Kusakabe Kimbei (1841-1934).



Recreación de una ejecución, de Felice Beato (1833/4-1909), fotógrafo británico que residió en Japón entre 1863-1884.



Samuráis con armadura, de Kusakabe Kimbei (1841-1934).



Miembros de la Misión Ikeda en 1864 fotografiados en París por el fotógrafo francés Nadar (Gaspard-Félix Tournachon).



Vasallos del daimyo de Satsuma en (1863), fotografía de Felice Beato (1833/4-1909).



Samurái con arco, 1863,
de Felice Beato.



Samurái con katana, 1863,
de Felice Beato.



Retrato de oficiales japoneses
en Nagasaki, 1868.



Joven noble de Satsuma retratado
por Felice Beato (1833/4-1909).



Hombres ataviados como antiguos samuráis,
de Kusakabe Kimbei (1841-1934).



Shimazu Hisamitsu, del clan Satsuma, rodeado de sus vasallos.



Ikeda Nagaoki (1837-1879).



Retrato de un samurái con armadura en 1880, de Adolfo Farsari (1841-1898).



Sakamoto Ryoma (1836-1867).



Los escoltas samuráis de la misión diplomática holandesa en Nagasaki en 1863.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Jacques-Philippe Potteau: *Retrato del samurái Ikeda Nagaaki (Chōhatsu)* (impresión a la albúmina, 1864). Pitt Rivers Museum, Oxford, Reino Unido. © Bridgeman Images
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Jonathan López-Vera, 2016
© Satori Ediciones
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-244-6
Depósito legal: M. 3.722-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13 Notas previas

17 Prólogo

23 1. La aparición de los samuráis
23 Los primeros guerreros
30 Los primeros samuráis
40 Los samuráis controlan la corte

43 2. Las Guerras Genpei
43 Jóvenes samuráis en el exilio
48 Primera fase: estalla el conflicto
66 Segunda fase: lucha interna por el liderazgo Minamoto
74 Tercera fase: Yoshitsune gana la guerra

83 3. El primer gobierno samurái
83 Atando cabos sueltos
89 El *bakufu* de Yoritomo
94 La muerte de Yoritomo
97 La decadencia y caída del shōgunato Kamakura

108 4. Los intentos de invasión de los mongoles
108 La gran amenaza continental
115 Primer asalto, 1274
121 Segundo asalto, 1281

130 5. Un siglo de guerra civil
130 De la caída de Kamakura al inicio de la guerra

143 La guerra Ōnin, ningún vencedor y muchos perdedores
145 Inicios del periodo Sengoku, la época de los grandes nombres

152 6. El contacto con Europa
152 Portugueses en Japón
155 La llegada y difusión de los arcabuces
162 Armas a cambio de almas, la misión católica en Japón

170 7. La unificación de Japón
170 Finales del periodo Sengoku: menos rivales más poderosos
172 Oda Nobunaga plantó el arroz...
194 ... Toyotomi Hideyoshi lo cocinó...
206 ... y Tokugawa leyasu se lo comió

215 8. La invasión de Corea
215 Posibles motivos y preparativos
221 Primera invasión y tregua
236 Segunda invasión y desenlace

245 9. El shōgunato Tokugawa
245 Ieyasu, asentando las bases de la dinastía
260 Hidetada e lemitsu, la estabilización del sistema
272 Los samuráis y la organización del nuevo país

279 10. La Embajada Keichō
279 El proyecto
288 De Japón a Roma, grandes expectativas
297 De Roma a Japón, con las manos vacías

303 11. El final de los samuráis
303 Dinamita interna: la decadencia del *bakuhan*
309 Detonador externo: la nueva amenaza occidental

316 Explosión: la demolición del bakufu
331 Meiji: la construcción de un nuevo Japón
345 Epílogo. El mito samurái
367 Cronología
369 Emperadores de Japón
377 Shōgunatos de Japón
380 Mapas generales
383 Bibliografía

Para Ginia, que ha estado ahí desde siempre, y Sören,
cuya gestación ha ido en paralelo a la de este libro.

Notas previas

Para los nombres japoneses se ha optado por mantener el orden propio de la onomástica japonesa, con el apellido familiar primero y el nombre de pila después.

Cuando sea necesario abreviar un nombre, lo usual es utilizar solo el apellido, pero en el caso de algunas personas de gran importancia, es común usar únicamente el nombre de pila, tal y como hacemos, por ejemplo, al llamar «Hideyoshi» a Toyotomi Hideyoshi; en muchos casos lo haremos además para evitar la confusión con otro miembro de la misma familia, como podría suceder al hablar de los Minamoto.

En ocasiones puede complicar el relato la costumbre de que el nombre de un padre y un hijo resulten parecidos por compartir uno de los dos caracteres con los que se escriben, como podría pasar con Taira Kiyomori y Taira Munemori.

Los nombres de algunos emperadores empiezan con el prefijo *Go-,* esto quiere decir que ya hubo un emperador

anterior con el mismo nombre, por lo que en algunos textos se traduce como «segundo», y podemos encontrarnos a Go-Shirakawa como «Shirakawa II». Aquí hemos respetado la forma japonesa.

Al hablar de épocas tempranas es habitual encontrar la partícula *no,* equivalente en castellano a *de,* entre el apellido y el nombre, como en «Minamoto-no-Yoshitsune». Aquí se ha suprimido, usando «Minamoto Yoshitsune».

Se ha optado por no incluir los diferentes nombres que una misma persona pudiera tener a lo largo de su vida, algo habitual en el Japón de la época y aún más frecuente en el caso de los samuráis, para no complicar el relato.

En el caso de los samuráis que se convertían al cristianismo y cambiaban su nombre de pila por uno occidental, la mayoría de libros en castellano opta por traducir el nombre siempre a este idioma. Aquí se ha mantenido el original, que en la mayor parte de los casos es portugués; así, cuando hablamos de Konishi Yukinaga, nos referimos a su nombre cristiano de «Agostinho» y no «Agustín».

Las palabras japonesas utilizadas a lo largo del texto se han indicado con su escritura en cursiva, pero se ha optado por hacerlo solo la primera vez que aparecen para agilizar la lectura.

En estas palabras, además, se ha mantenido la norma japonesa de no alterarlas cuando se usan en su forma plural, así, hablamos de «los *bushi*» y no de «los *bushis»;* esta regla solo se ha omitido en la palabra «samurái», pues se ha optado por la forma reconocida por la RAE, acentuada y marcando el plural, *samuráis*.

Se ha mantenido también el uso del macrón, un diacrítico que consiste en una barra horizontal sobre una vocal, como sucede en la palabra *taikō,* y que indica que esa vocal debe pronunciarse alargando su duración el doble de lo acostumbrado; solo se ha obviado en unas pocas palabras japonesas que se han incorporado ya al castellano, utilizando entonces su forma castellana, como sucede con *Kioto,* y no su forma japonesa, *Kyōto*.

Las vocales japonesas se pronuncian de la misma forma que las castellanas.

En cuanto a las consonantes, las diferencias principales son: la *j,* que se pronuncia como en catalán (Jordi) o inglés (John); la *g* se pronuncia siempre como en *gato,* aunque preceda a una *e-* o una *i-;* la *h* se pronuncia aspirada como en inglés *(house),* si va precedida de una *c-*, suena como una *ch,* si va precedida de una *s-* se pronuncia como en inglés *(show);* la *z* se pronuncia como en catalán *(zoològic)* o en inglés *(zebra);* la *r* nunca suena doble, ni siquiera en inicio de palabra, así, siempre suena como en *cara* pero nunca como en *perro*.

Se ha optado por no incluir la versión en escritura japonesa de palabras, nombres de persona ni de lugares, por entender que no aporta nada a un libro de estas características.

Prólogo

Este es un libro sobre la historia de los samuráis, como deja claro su título. Y los samuráis dirigieron Japón durante nada menos que siete siglos, por lo que durante todo ese tiempo hablar de la historia de los samuráis casi equivale a hablar de la historia de Japón. Pero no debería verse así, porque la historia de una sociedad o un territorio no es únicamente la de su clase dirigente, es la historia de todo su pueblo, y en el caso del Japón de los siglos XII a XIX esto incluiría también a los campesinos –la gran mayoría de la población y sustento del sistema económico del país–, a los comerciantes, a los artesanos, al clero, a los parias, etc. Todos ellos aparecen en este libro, es cierto, pero lo hacen de forma indirecta, porque, como decíamos, aquí hablamos de la historia de los samuráis, no de la historia de Japón, como sí hacen algunos excelentes libros que aparecen listados en la bibliografía incluida al final. Y tampoco es este un libro sobre los samuráis, en general:

aquí no se encontrarán listas con los nombres japoneses de todas las partes de una armadura, imágenes que expliquen los pasos para abrirse el vientre de forma correcta o recomendaciones de películas relacionadas con el tema. Hay muchos libros que tratan de esos asuntos –aunque estos no aparecen en la bibliografía porque no se han consultado–, pero este, volviendo al principio, es un libro sobre la historia de los samuráis, o sea, un libro de historia, aunque esté orientado a un público general y no específicamente a historiadores o estudiantes de Historia.

La de los samuráis no es en general una historia tan única y excepcional –en el sentido literal– como podría parecer, si la comparamos con la de otras castas guerreras de otros lugares y momentos. Porque los guerreros son algo casi inevitable allá donde ha habido civilización, pues los diferentes grupos humanos siempre han necesitado defenderse de otros, o atacar a otros que a su vez se han defendido de ellos, y los más aptos para estas tareas normalmente han acabado conformando un grupo definido y especializado, de la misma forma que ha pasado con otros oficios. Con la diferencia de que este grupo, al saberse poseedor del poder que le da la habilidad en el uso de la fuerza, casi siempre –o incluso siempre– ha terminado por darse cuenta de que la podía utilizar para gobernar sobre el resto. En el caso japonés, y dentro de los ya mencionados siete siglos de dominio samurái, se sucedieron tres gobiernos militares, llamados Kamakura, Ashikaga y Tokugawa respectivamente, cada uno con sus propias características e idiosincrasia; y hubo épocas de relativa o absoluta paz interrumpidas por conflictos más o menos locales en unas ocasiones, más o menos nacionales en otras, y de forma total y generalizada en otra

que duró más de un siglo. Hubo un único episodio de agresión proveniente del exterior –los dos intentos de invasión de mongoles, chinos y coreanos a finales del siglo XIII– y un único episodio de agresión al exterior –el intento de invasión de Corea y China a finales del siglo XVI–, algo, por otro lado, muy acorde con la tónica general de Asia Oriental, una región relativamente pacífica a lo largo de su historia, sobre todo si la comparamos con la siempre turbulenta y bélica Europa. Una Europa que también apareció por las costas japonesas en dos ocasiones muy distintas, cada una de ellas fruto de un contexto europeo u occidental muy diferente. Primero, a mediados del siglo XVI, fue el turno de portugueses principalmente, pero también de castellanos, seguidos poco después por sus enemigos holandeses e ingleses, dentro de la época de los grandes descubrimientos, las nuevas rutas para hacerse con las especias y las sedas, y el afán evangelizador de la Iglesia católica. Y después, a mediados del siglo XIX, podríamos decir que fue todo Occidente quien llegó a Japón, representado por los cañones de una flotilla estadounidense, abriendo el país tras más de dos siglos de casi absoluto aislamiento voluntario para hacerlo participar casi por la fuerza del nuevo comercio industrial mundial. Ese nuevo mundo que llamaba a sus puertas –o amenazaba con echarlas abajo a cañonazos– conllevó, entre muchos otros cambios, el final de la clase guerrera. Y esta es la historia que repasaremos aquí y que completaremos con un epílogo acerca del popular y mundialmente extendido mito samurái.

Un mito samurái que resulta fascinante y que, para muchos –me incluyo–, ha sido la puerta de entrada a toda una cultura, la japonesa, más fascinante todavía.

Así, vaya por adelantado mi agradecimiento al mito, a la ficción y a la fantasía que rodean la figura del samurái, porque en su día me interesaron lo suficiente como para despertar mi interés por muchos otros aspectos de una cultura, un idioma y, sobre todo, una historia, aún más apasionante, que al final se ha convertido en mi oficio, podríamos decir. Espero que aquellos que, atraídos por el mito samurái, lleguen a este libro, encuentren en él una buena forma de aproximarse al mismo tema desde otro enfoque, más realista, y que este les acabe pareciendo tan interesante o más que lo que los trajo hasta aquí.

* * *

Al ser este un libro dirigido al público general, se ha evitado introducir en él parte del típico aparataje académico consistente en múltiples notas aclaratorias a pie de página y constantes referencias bibliográficas. Lo primero se ha sustituido por una explicación dentro del mismo cuerpo del texto, para agilizar la lectura; y lo segundo se ha obviado, incluyendo al final una amplia y obligatoria bibliografía de donde surge la información y a la que el lector puede encaminarse para ampliar aquello que más le interese. Aparecen referencias tanto en lengua castellana como inglesa o japonesa, y pudiera ser que existiese traducción al castellano de alguna referencia aquí listada en otro idioma, porque se ha incluido sencillamente la versión que se ha utilizado. Ocurre lo mismo con el año, se ha listado el de la edición utilizada y no el de su publicación. Aparecen manuales más o menos generales de historia japonesa, como los de Andressen, Hane, Hen-

shall, Gordon o Murdoch; libros sobre periodos concretos, como los de Beasley, Buruma, Samson o Mutel; sobre temas específicos, como los de Boxer, Sola o Goodman; algunas biografías, como las de Berry o Sadler; o artículos académicos y capítulos seleccionados, con mención especial para los pertenecientes a la imprescindible *The Cambridge History of Japan*. No se han listado algunos documentos originales de archivo, de los que proviene alguna información –sobre todo referente al tema del contacto entre Japón y Europa en los siglos XVI y XVII, mi principal tema de trabajo actualmente–, por no considerarlo relevante para el lector medio.

Hoy en día tenemos al alcance de nuestra mano toda la información del mundo, porque si antes ya la teníamos disponible gracias a las bibliotecas, internet ha posibilitado que acceder a ella sea más fácil que nunca; pero esto supone, por otro lado, un gran problema, puesto que cuanta más información tengamos, más difícil será saber cuál vale la pena y cuál no. De todo lo que me han enseñado mis profesores a lo largo de mi carrera académica, lo que más valoro es precisamente eso, que me hayan guiado por ese laberinto de información en el que había estado perdido durante los muchos años de autodidactismo, en los que engullía cualquier libro que llegase a mis manos sobre los temas que me interesaban. Y leer es como comer, es necesario para no morir –intelectualmente, en este caso–, pero igual que hay comida sana y sabrosa, hay otra que entra bien pero sienta mal, y no siempre es fácil saber cuál es cuál.

* * *

Quiero dar las gracias a Ernest Bendriss, quien me propuso que escribiese este libro, porque aunque después el proyecto acabó llevándonos por caminos distintos, no habría sido posible sin él; a Alfonso y Marián, de la editorial Satori, por su interés en hacer esto realidad y ponerlo todo tan fácil; a Joan-Pau Rubiés (UPF) y Asami Masakazu (Keiō University), directores de mi Tesis Doctoral, y Josep Maria Delgado (UPF), director de mi Tesina de Máster; al Departamento de Humanidades y el Institut Univesitari d'Història Jaume Vicens Vives, de la Universitat Pompeu Fabra, dentro de los cuales desarrollo mi trabajo de investigación; al AGAUR de la Generalitat de Catalunya por hacer posible que me dedique a aquello que más me gusta; a todos los profesores que he tenido, tanto en la Universitat Autònoma de Barcelona como en la Universitat Pompeu Fabra, pero también en la Naganuma School de Tokio y en la Kogakkan University de Ise –incluyendo aquí también al señor Tamada–, por regalarme tanto conocimiento; a John Blackthorne y Toranaga-sama, por ser la chispa que puso esto en marcha; a todos los lectores y seguidores de HistoriaJaponesa.com; y a mi familia y amigos, por soportarme a mí y mis historias sobre japoneses antiguos.

Jonathan López-Vera
Barcelona, diciembre de 2015

1. La aparición de los samuráis

Los primeros guerreros

Trazar los orígenes de los samuráis resulta bastante complicado, ya que estos son, al fin y al cabo, guerreros, y en todas las civilizaciones –la japonesa no es una excepción–, los guerreros existen desde casi el mismo momento en que surge la propia civilización. Cuando el uso de la violencia o la coacción resulta más cómodo y fácil para la obtención de un bien concreto que la producción del mismo por los propios medios, quien tenga ese bien querrá defenderlo y quien lo anhele querrá tomarlo. En el caso de Japón, sabemos que en el periodo Yayoi (300 a. C.-300 aprox.) –dentro de su prehistoria, puesto que no contaban aún con escritura– se extendió el cultivo del arroz, y ello provocó que las poblaciones se asentasen en un lugar concreto y apareciera poco a poco un sentimiento de pertenencia a un territorio; además, a partir

de este momento, los excedentes de las cosechas podían ser almacenados y ello causaba que fuesen susceptibles de ser robados por otros pueblos y, por tanto, hubiesen de ser defendidos. Apareció así la necesidad de guerreros que pudiesen conquistar poblaciones vecinas para robar sus excedentes en épocas de escasez y que a su vez fuesen capaces de defender los excedentes propios en épocas de bonanza. Al mismo tiempo, estas sociedades agrícolas sedentarias empezaron a estratificarse, dedicándose algunos individuos a tareas concretas: por ejemplo, sabemos por algunos yacimientos arqueológicos que se empezaron a fabricar utensilios de cerámica en serie, y que no fabricaba cada familia los que necesitaba, sino que los producía todos el más apto para ello y los intercambiaba por otros bienes. De la misma manera, solo algunos individuos se encargaron de las tareas de defensa del poblado, los más aptos, naciendo así la primera clase guerrera.

El siguiente cambio significativo –en lo que a nuestra temática concierne– se produciría en torno al año 450, dentro ya de un nuevo periodo, el llamado Kofun (300-552), con la llegada desde el continente de un animal hasta entonces inexistente en Japón: el caballo. Además de para muchos otros usos, el caballo podía utilizarse para el combate, haciendo que un ejército ganase una mayor movilidad y que un guerrero fuese mucho más letal, sobre todo si se enfrentaba con otro que se movía a pie. El arma principal en ese momento –y lo sería durante un largo periodo– era el arco, y un ejército de arqueros que fuesen capaces de disparar desde caballos moviéndose a gran velocidad constituía, sin duda, una gran ventaja en el campo de batalla. Respecto a las armaduras



Fig. 1.1. Haniwa representando a un guerrero con armadura. Museo Nacional de Tokio.